

JUAN MARÍA GUTIÉRREZ

Carta a Eduardo de la Barra¹

Buenos Aires, noviembre 26 de 1872.

Señor don Eduardo de La Barra.

Muy estimado señor mío:

He tenido el gusto de leer la primera parte del estudio que acaba Ud. de escribir sobre la vida y escritos de Francisco Bilbao, debiendo el placer que me ha proporcionado esta producción a la generosidad con que se ha servido Ud. remitirme un ejemplar de ella.

He conocido y tratado muy de cerca (aquí en Buenos Aires especialmente) a aquel hombre poco común, y es uno de los que han quedado más constantes en mi memoria; de manera que las páginas de Ud. han venido a avivar mi cariño por aquel amigo eternamente ausente cuyo talento y nobilísimo carácter me fueron en extremo simpáticos. Ud. ha hecho un acto de patriotismo defendiendo a uno de los chilenos modernos que más honran a su país como pensador, y ha servido Ud. valientemente al mismo tiempo a la causa de la independencia del pensamiento que es la base de la libertad moderna.

No comprendo cómo ha podido haber quien se haya puesto a remover las cenizas de Bilbao, en Chile, en América, para echarlas al viento como cosa inútil y para desacreditarlas.² Cuando la muerte ha derribado a un hombre que algo significa, que algo ha hecho y producido, el deber de

¹ Carta originalmente publicada en la *Revista de Santiago*, Santiago de Chile, Librería Central – Imprenta Nacional, TOMO II, 1872-1873, pp. 26-28, de donde la hemos tomado.

² Alusión a Zorobabel Rodríguez, *Francisco Bilbao. Su vida y sus doctrinas*. Imprenta de El Independiente, Santiago, 1872.

los que le sobreviven es tomar de ellos lo mejor para aumentar el tesoro de la honra patria; porque si no, quedarían huérfanos los pueblos de antecesores meritorios que alienten al bien a los que se suceden en las labores de la vida. Me complace que sea un devoto el que haya dado margen para que Ud. se muestre justo e inspirado de un sano sentimiento de orgullo nacional. No tengo sino aprobación y elogios con respecto a su trabajo de Ud. y le doy por él, como americano y como amigo de las ideas liberales, las más expresivas gracias.

Permítame, sin embargo, que le diga francamente mi opinión sobre un punto en que está también con Ud. el señor Orrego Luco, en la *Revista de Santiago* del 1° del corriente.³ No comprendo cómo miran Uds. como un sacrificio, como una pena que desgarrar el corazón, el tránsito de una creencia errónea a otra luminosa, al despojarse de las ideas impuestas para aceptar aquellas que nuestra razón conquista por sus propios esfuerzos. No puedo entender por qué haya de haber dolor cuando se abandona lo que la razón nos dice que es falso. La luz de la nueva verdad alegra y anima al alma, y ésta entona naturalmente el himno de alabanza y amor al mundo recién descubierto, alumbrado por aquella luz. Dejar de creer fue para Bilbao, como para todas las inteligencias de su temple, volver a creer con una fe distinta y más intensa. Ese trabajo del espíritu que se llama creer no hace más que cambiar de materia y de objeto sobre qué ejercerse. Sin esta natural evolución de la razón humana, los conocimientos en todas las esferas de la actividad intelectual se hallarían aún en la cuna, porque todo progreso no es más que una apostasía de la fe o de la creencia profesada un momento antes.

Creo que tomado y aplicado este momento en que la razón evoluciona como desnudándose de viejos vestidos no es más que engalanarse con otros nuevos y mejores, y pasar de una noche a un día lleno de risueñas claridades que regocija, y en manera alguna puede entristecer el alma. Creo que el ejemplo de Geoffrois es lo que más extravía cuando pensamos sobre esto, no queriendo por respeto a un maestro analizar psicológicamente nuestra propia experimentación. Si hay algo de serio y aun de melancólico en un espíritu que experimenta lo que Bilbao experimentó, es porque la verdad, la luz da a las cosas morales, al hombre y su destino, a la sociedad y, por decirlo todo, a la filosofía, aspectos graves y solemnes que no podemos encararlos sino absortos y pensativos. Pero dentro está la complacencia, la alegría, la inmensa satisfacción de haber descubierto un mundo con la brújula de su propia conciencia.

³ Referencia a Augusto Orrego Luco, "Francisco Bilbao", reproducido en este mismo número de *La Cañada*.

Dispéñeme Ud. esta elucubración y esta prueba de confianza en la tolerancia de su talento y perdóneme si cometo un error, así como le pido que no me tache de vano o ligero si le digo que lo que he querido expresarle ha pasado por mí hace muchos años, y cada día tengo nuevos motivos para no arrepentirme de haber renunciado a gran parte de la herencia de mis padres en obsequio de mi libertad individual, que no he debido sacrificar a ninguna consideración de aquellas que más vinculan al pasado.

Mi intención era escribir a Ud. más detenida y medítadamente – lo haré otra vez. Por ahora le ofrezco a Ud. mi insignificante amistad y la expresión de mi agradecimiento el más sincero. – De Ud. afectísimo S. S.

Juan María GUTIÉRREZ.